

XXVI.

En lo sucesivo Andras Zilah procuró cada día vivir más apartado del mundo, sin que nada le sacara de su soledad. ¿Qué le importaba que hubiesen aparecido en aquel periódico, que quizá habría cesado ya de publicarse, aquellos sueltos odiosos? Su dolor no estribaba en que le recordasen la traición, sino en la traición misma. Y este sufrimiento continuo era lo que casi le hacía desear la muerte.

—¡No obstante, es preciso vivir!—se decía.—
¡Si vivir apesadumbrado eternamente es vivir!

Por huir del presente se entregaba á los recuerdos de la guerra como si se sumergiese en un baño de olvido, olvido extraño en él que encontraba de nuevo los patrióticos dolores de otro tiempo. Con feroz ahinco se dedicaba á leer los libros en que Georgey y Klapa, los actores del drama, justificaban sus actos ó exhalaban sus quejas. Esperaba que la patria le haría olvidar su amor.

En el salón principal, donde de ordinario se pasaba horas enteras, varias veces sus ojos se fijaban en los lienzos de Matejko, el Polonés, en los cuadros que representaban batallas, soldados, húsares ú *houveds*, yendo al combate, cam-

pamentos de tziganos en medio de una puesta de sol roja como un incendio, y en todo ello veía la inolvidable puszta húngara. Las horas se le hacían agradables contemplando aquellos lienzos que le hablaban de su pasado.

A los ratos de taciturno abatimiento sucedían en su ánimo vivos deseos de respirar nuevos aires, de huir de París, de poner mucha tierra entre Marsa y él, emprendiendo un viaje larguísimo, haciendo una expedición por el mundo, donde la impresión de cosas y hechos desconocidos amortiguaria su dolor y donde quizá la casualidad le deparase un incidente cualquiera que le quitara la vida.

Esto sin contar conque esa misma casualidad podría poner en su camino, y al alcance de su mano, á Meuko.

Pero llegado el momento de ponerse en marcha, de lanzarse en aquella desatinada carrera, la indolencia se apoderaba de él y experimentaba un entorpecimiento como el herido que carece de fuerza para moverse. Y así seguía en su casa sin salir apenas, triste, afligido, pensando, en medio de sus cavilaciones, si debía entablar un pleito para romper aquella unión, para reclamar su nombre á aquella mujer que se lo había robado:

¿Pleitear? Solo la idea le repugnaba. Entregar á los desmenuzadores de la palabra el altivo é intachable nombre de los Zilah, oírlo razonar, no en el estrépito de la batalla, en los campos, entre el choque de los sables y el galopar de los caballos, sino bajo el techo de una sala

de justicia, al oído de los curiosos, de los indiferentes, de los estragados... no, era preferible el silencio. Todo ántes que el escándalo.

¿El divorcio? Para él ya existía, puesto que Marsa con la razón perdida, podía considerarse muerta por entonces. El divorcio, ¿que le devolvería? ¿Su libertad? Ya la tenía. Lo que no podía devolverle era su fé perdida, sus ilusiones desvanecidas, su honor hecho jirones y arrastrado por el fango.

Cuando estas ideas le asaltaban, rojos vapores oscurecían su vista y la ira oprimía violentamente su pecho.

A veces ardía en deseos de ver nuevamente á Marsa, como si todavía quisiera lanzar al rostro de la infeliz algún rayo de su cólera. Cuando, por casualidad, pasaba por su mente el nombre de Maissons-Lafitte, experimentaba como un sacudimiento eléctrico. ¡Maisson!

Aquel jardín bañado por el sol, aquellas calles de árboles, aquellas flores, aquella villa con su virgen bizantina se le aparecían de repente, como un paraíso perdido, ó más bien emponzoñado. Por otra parte, Marsa ni siquiera estaba ya allí, y la idea de que aquella criatura superior, aquella mujer que, en mejores tiempos, le hacia estremecer al pensar que iba á embriagarse con el perfume de sus cabellos, con el encanto de sus caricias, se hallaba allá, en Vaugirard, asilada entre dementes, le producía una sensación de agudo sufrimiento, de sofocación, como si le atormentase una pesadilla.

Hasta tal extremo le preocupaba aquella casa

de locos en que estaba presa Marsa, que algunas veces sentía necesidad de huir, por no aparecer débil, por no caer en la tentación de ver de nuevo a la tzigana.

—¡Qué cobardes somos!—pensaba.

Una tarde anunció á Varhely su propósito de trasladarse á aquella apartada villa de Sainte-Adresse, desde donde tantas veces, hablando de la patria, habían contemplado el mar.

—Voy allí para estar solo, mi querido Yanski! pero estar con vos es como estar solo, sin extraños. Espero, pues, que os vengais conmigo.

—Seguramente—dijo Varhely.

El Príncipe solo se llevó un criado. Aspiraba á vivir en aquella costa bravía como un oso en lo alto de las montañas. Allí Varhely, asustado del cambio rápido que de día en día era más perceptible en la salud de Zilah, de aquel color amarillento que iba tomando su triste semblante, no le abandonaba un momento, procurando distraerle y arrancarle de sus preocupaciones haciendo recaer la conversación sobre aquellos inolvidables días que sólo él, su antiguo amigo, podía evocar con todos sus interesantes detalles como copartícipe de los memorables sucesos en los que el príncipe Zilah había sido el héroe.

Andras y su amigo permanecían largas horas en la azotea de la villa viendo ponerse el sol á sus pies, en tanto que las lanchas, con sus blancas velas al viento, surcaban como gaviotas el azulado mar y que la luz crepuscular enviaba

sus rayos sobre las paredes de rojo ladrillo y las ventanas de la casa.

Profusion de flores puestas en tiestos de loza fina y reluciente como el oro aumentaban el encanto de aquel paraje, y en las laderas Yugouville las casas, con sus tejados de pizarra, rodeadas de árboles, se teñían de púrpura, en tanto que los aduaneros, con su carabina á la espalda y en tranquila conversacion, caminaban lentamente hácia sus puestos para vigilar durante la noche.

Aquella impresion de apacible calma iba poco á poco produciendo en el príncipe Zilah el efecto saludable de un baño despues de una fiebre nerviosa. Se dejaba llevar á reflexiones ménos amargas, y ¡cosa rara! aquel rudo Yanski Varhely era quien, con sus zalamerías, habia conseguido que su amigo se conformara más resignado con la vida.

Muchas veces Andras y Varhely bajaban á la playa. El mar casi lamia sus piés. Su brillante superficie despedia plateados reflejos. Las olas, iluminadas por la luna, al agitarse parecían franjas de lucientes átomos. Los barcos, con el farol encarnado colgado en uno de sus palos, ó con sus verdes linternas, dejaban ver la direccion de su marcha.

De la arena mojada se desprendían reflejos deluz como si fuese un ancho espejo que embriera el suelo. La luna, cerniéndose en el inmenso cielo, proyectaba sus claros rayos, y aproximándose al mar, que se alejaba con la marea baja, hacia que á Andras y Yanski les pareciera

que tenían sus pies bañados por una oleada de plata en fusion.

En medio de aquel silencio, y á la vista de aquella inmensidad, los dos amigos conversaban tranquilamente, pareciéndole á Andras por un momento que el viento le arrebatara los pesares que empozoñaban su vida.

Y aquellos dos hombres, diversamente maltratados por la suerte, paseándose por aquella faja de arena, cambiaban sus ideas entre el murmullo del mar, como si fuesen dos heridos que mutuamente se sostenían para poder avanzar y para no caerse ántes de que terminara el combate.

Yanski, como objeto principal, ponía especial cuidado en hablar de hechos que despertasen en el ánimo del Príncipe la historia de su país, pretendiendo, por medio de la idea de patria, llegar quizá á dar vida á otro amor. Al evocar sus recuerdos, siempre Hungría, su querida Hungría, era el sueño acariciado con vehemencia por aquellos buenos patriotas.

—¡Ah! ¡he esperado tanto! ¡tantas ilusiones he concebido!—decía Andras.—Los idealistas no son felices dejando trascurrir el tiempo. Hoy, además, soy un hombre que se concreta á no esperar nada de la vida más que el desenlace. ¡Y sin embargo vería con placer aquel viejo castillo de rojiza piedra, donde me he criado, alimentando un mundo de esperanzas...! ¡Ilusiones vanas que desaparecen cual burbujas de jabon...

Pasando por el barrio de los pescadores, por aquellas callejuelas de casas bajitas que dan al mar, una mañana se dirigían al Havre, cuando,

al llegar á este sitio, Varheli llamó de pronto la atención del príncipe sobre un cartel en el que se anunciaba una serie de conciertos en Frascati por músicos tziganos.

—¡Ah!—dijo Varheli;—¿os decidiríais á salir de vuestro retraimiento una vez por oír esa música?

—Sí, en verdad—replicó Andras.

Por más que el nombre de Marsa no llegaba á salir de los labios de Andras, absorbía por entero su pensamiento la imagen de la joven, y con ella acudía á su imaginación, triste é irónico, el recuerdo de aquel engalanado *steamer*, conduciendo á sus convidados por las aguas del Sena.

Cuando por la tarde fué al Casino experimentó una sensación particular, un dolor agudo al oír los suspiros, los gritos y las quejas de aquella sentimental música tzigana. Aunque los arcos de los instrumentos hubieran rozado con sus mismos nervios para arrancar los sonidos de aquellas *czardas*, no era posible que lograran hacerle estremecer con más violencia. Cada nota caía sobre su corazón como una abrasadora lágrima. Y Marsa, Marsa Laazlo, siempre Marsa, se le presentaba ante sus ojos.

Los tziganos tocaban unos vales que Marsa tocaba muchas veces en el piano; después, la *Cancion de Plewna*, aquella queja desgarradora, y también aquel cruel refrán de Juan Nemeth, cuyas notas lastimeras eran para el príncipe como la lamentación de su vida:

—¡Solo hay una hermosa en el mundo!

Y á cada acorde, á cada pieza, la imagen de Marsa le mortificaba más y más.

—Vámonos—dijo de repente á Yanski.

Ya se marchaban, cuando á la salida tropezaron con un grupo de personas que, corriendo como unos locos y en la mayor algazara, se dirigían á aquel punto capitaneados por la baronesa Dinati, la cual al ver al Príncipe dió un grito, exclamando:

—¿Vos aquí, mi querido Príncipe? ¡Qué sorpresa tan agradable!

Y se colgó del brazo de Andras, al mismo tiempo que toda la tribu que la acompañaba se detenía para saludar al Príncipe.

—Venimos de Etretat, y ahora mismo nos volvemos, sí, sí, en plena noche... Ha habido una fiesta en el Havre... en el barrio de San Francisco—decía con su sempiterna é insulsa charla:—hemos vaciado todas las tiendas... en los tiros al blanco no ha quedado un muñeco entero... todas las figuras raras de porcelana que hemos hallado en las cristalerías las hemos comprado... Todo esto nos lo llevamos en el break... En Etretat haremos una *tombola* para los pobres...

El Príncipe quiso, en vano, desasirse de la baronesa, que no le dejaba.

—¿Por qué no venís á Etretat? Aquello es hermoso... Allí se charla, se baila, se divierte uno... Es lo mismo que la cubierta de un buque... Yamada nos da alguna vez música... ¡Acercáos, Yamada!

Y la Baronesa, al decir esto, se dirigía al japonés, cuya figurita aparecía sonriente.

—¿No sabeis, mi querido Principe, que Yamada es más parisiense que los parisienses? ¡Qué japoneses! ¡No se puede negar, son los parisienses del Asia! ¿A que no sabeis á qué se dedica en Etretat? Escribe una opereta...

—¡Japonesa!—añadió Yamada, como correctivo, saludando con su geométrica elegancia

—¡Oh! ¡japonesa, japonesa!—replicó la Baronesa—¡Pero en todo caso, muy graciosa!.. Se titula ¡La pequeña Musmé! Una de las escenas tiene lugar en el *barco-jardín*. ¡Oh, es muy divertida, tiene un corte... muy original y naturalista... con unos *couplets* cantados precisamente por la pequeña Musmé!

Luego, y mientras que Zilah, bastante contrariado, miraba á Varhely, que hacía inauditos esfuerzos para hallar el medio de alejarse, la baronesa, tarareaba graciosamente los *couplets* del *maütrino* japonés.

.....

 El lindo barco
 de Kioto!

—Cantado por la Judic ó la Theo, esto hará furor... Todo París los repetirá...

—¡Ah! y á propósito — dijo la baronesa—¿qué es lo que habeis hecho á Jacquemin? Si, á mi amigo Jacquemin...

—¿ Jacquemin?— replicó Zilah.

Al instante acudió á su imaginacion la idea de la honrada y humilde mujer que quizá en aquel momento estaria en su pobre buhardilla, cosien-

do las ropitas de sus pequeñuelos, de los hijos de monsieur Puck, el revistero de salones de *La Actualidad*.

—¡Sí, es el caso que Jacquemin se ha vuelto un salvajel... Quise traerle á Etretat... Pero no hubo medio... Segun parece, es casado Jacquemin... ¡Qué gracioso! No lo parecia... ¡Casado! Pobre muchacho! ¡En fin!... En pocas palabras, cuando le invité; se negó, y el otro dia, insistiendo yo para que me explicara el motivo, me respondió (que es por lo que os hablo de esto): «¡Preguntádselo al príncipe Zilah!» ¡Qué es lo que le habeis hecho, decidme, á ese pobre Jacquemin?

—Nada—contestó el príncipe.

—¡En fin, que le habeis convertido!... Él, tan amigo de la sociedad, tan aficionado á organizar diversiones, se mete en su agujero como un erizo... Esto es muy sensible... Si estuviese aqui ya habria puesto en *La Actualidad* la crítica de *La pequeña Musmé*... ¡Una «indiscrecion parisiense» en Etretat!... Y la opereta de Yamada se habria hecho ya célebre... ¡En cuanto regrese yo á Paris, buena le esperal ¡Un revistero no debe estar en un rincon!

—Dejadle tranquilo en su casa, si ahora le gusta estar con la familia—dijo Zilah.—Nada es comparable con la paz del hogar, si uno tiene la dicha de ser querido en él y á su vez halla allí á quien devolver ese cariño.

A las primeras palabras de Zilah, pronunciadas aquella vez en tono triste, la baronesa se puso seria:

—Perdonadme—dijo alargando al príncipe su manita—sí, perdonadme que os haya molestado... ¡Oh! nada de cumplidos! Os molesto... Pero podeis consoláros, porque nos marchamos ya... ¡No dudeis que si alguna persona os distingue, os respeta y os quiere con toda su alma, es esta insensata baronesa!... ¡Adios!...

—¡Hasta la vista!—dijo Andras saludando despues á los amigos de la baronesa, Yamada, miss Maud Rugsby y otros parisenses exóticos del mismo género.

Satisfecho de verse libre de aquellas rutinas sociales, volvió á la *villa* (1) siguiendo la playa.

El ruido de las olas no impedía que llegasen hasta ellos los ecos de aquel concierto que continuaba todavía en el Casino. Andras estaba irritado, nervioso. Tanto la música como el público de aquella fiesta le recordaba á Marsa. Siempre y por todas partes le dominaba irresistiblemente la imagen de la tzigana recobrando su dominio sobre su corazón, como una planta que retoña despues de arrancada.

—¡Tambien ella sufre!—dijo en voz alta, despues de unos minutos de silencio.

—Afortunadamente—refunfuñó Yanski.

Luego, como si el mismo Conde quisiera suavizar aquella dureza:

—¡Por eso quizá no es indigna de perdon!—añadió con su ruda voz, en aquel momento algo temblorosa.

—¡Perdonar!...

(1) Casa de campo elegante ó de recreo.

De los labios del Príncipe se escapó aquel grito con un acento tal de dolor que impresionó á Varhely.

—¡Perdonar sin haber castigado... al otro!—continuó Zilah lleno de cólera.

¡El otro! Yanski Varhely apretó los puños instintivamente, recordando con rabia aquel paquete de cartas que habia tenido en sus manos y que, de haberlo sabido, podia él haber inutilizado.

Verdaderamente, ¿cómo era posible perdonar en tanto que Meuko viviese?

En todo el tiempo que tardaron en llegar á su casa, Zilah, absorto y tristemente preocupado, no desplegó los labios.

Una vez ya en la *villa*, se despidió y estrechó la mano de Yanský, y encerrándose en su habitación, á la luz de la lámpara, febrilmente, abrió, leyó y releyó, por la centésima vez quizá, cartas y cartas que no habian sido escritas para él; las cartas que recibió por conducto de Varhely y con las cuales Miguel Meuko parecia pretender abofetearle en el dia de su boda.

Andras las conservaba en su poder y algunas veces las repasaba, como buscando ansiosamente nuevos motivos de sufrimiento, nuevos pesares; infiltrándose de aquella especie de veneno para irritar su dolor moral á la manera que podia hacerse una inyeccion para calmar un dolor fisico; aquellas cartas le producian una sensacion análoga al reposo que se obtiene de la morfina, aguda como punzadas al principio, luego calmante y haciendo que se apodere poco á

poco de todo el sér una indolencia que termina en el sueño tranquilo.

En aquellas cartas escritas por Marsa y dirigidas á Meuko, se veia palpar todo el amor instintivo, ignorante, sencillamente credulo, que en la joven hiciera nacer Miguel; luego su exaltacion, hija del mismo amor, más bien que del que le inspiraba el sér amado, y finalmente—puesto que Meuko, sin separar ninguna, habia remitido de una vez todas las cartas—el terrible desprecio de Marsa al verse engañada inicuamente por aquel hombre que con tal vileza mentia.

Sin ardidés ni reservas, resplandecia en aquellas líneas la pureza y la sencillez de sentimientos, así como la credulidad y la confianza de un alma juvenil que causaba la agradable sensacion del embalsamado ambiente de una hermosa y tranquila mañana del mes de abril. Era el candor, el despertar del alma, la fe del ser que ignora hasta lo que es seduccion. Despues los arranques vehementes de un corazon que se cree entregado para siempre, porque confia haber hallado una lealtad á toda prueba y un afecto eterno é ilimitado.

Leyendo las apasionadas cartas, de las que aun parecia desprenderse el perfumado aliento de Marsa, Andras sentia estremecimientos de cólera, impetuosas violencias de acometer á los miserables que le habian engañado, que habian sido amados, á la vez que, involuntariamente, sentia tambien nacer conatos de piedad, tímidos, vergonzantes, por aquella mujer que,

enferma por entónces, desconocedora del mundo y confiada, se abandonó sin resistencia, irguiéndose luego con indignacion al verse víctima de la mentira y de la perfidia piedad que bien pronto el príncipe rechazaba y aborrecia, como si tuviese miedo de sí mismo, miedo de perdonar.

—¿A qué viene, pues, que Varhely me hable de piedad?—se decia.—¿Acaso estoy vengado?

No desconfiaba de que llegaría un dia en que la traicion de Meuko sufriese su merecido castigo. Todas las cartas que allí tenia demostraban plenamente que Marsa habia sido la querida de aquel hombre; pero al mismo tiempo no dejaban duda de que Miguel habia abusado de su ignorancia, de que habia mentido villanamente, haciéndose pasar como soltero cuando ya el matrimonio le habia unido á otra mujer.

—¡Miserable!

Toda la noche la pasó de aquel modo, entregado á las torturas de leer aquellas planas que encerraban amorosas declaraciones dirigidas á otro. Entretenido así, aquello le proporcionaba como una amarga y atroz alegría. Pensaba que no sin razon descendia de aquellos húngaros de los tiempos primitivos, á quienes siendo niños, sus madres les mordian para acostumbrarlos á resistir el dolor. Y él deseaba, deseaba con ahinco aquel sufrimiento.

Al dia siguiente quedó extraordinariamente sorprendido, á la hora del almuerzo, en que Yanski Varhely se presentó muy pálido y le anunció que se marchaba.

—¿A Paris?

—No. A Viena.

—¡Vaya una idea! ¿Y qué vais á hacer en Viena, Varhely?

—Angel Valla, que llegó ayer al Havre, me rogó que fuera á verle hoy por la mañana al hotel. Ahora vengo de allí. Valla me ha propuesto un negocio interesante, el cual exige mi presencia en Viena. Por eso voy.

El príncipe Zilah conocía íntimamente al Valla de quien Varhely le hablaba, y que fué uno de los testigos de su boda. Era un antiguo ministro de Manin, que desde su caída vivía modestamente de su pequeña renta, tan pronto en París como en Florencia. Andras Zilah le apreciaba mucho.

—¿Y partís?...—preguntó Yanski.

—Dentro de una hora. Quiero tomar en París el tren rápido de esta noche.

—¿Pero es cosa muy urgente?

—Muy urgente—dijo Varhely.—Podría suceder que otro se aprovechase de la situación en que aquello se encuentra, y de aquí que tenga yo empeño en llegar antes que nadie.

—Hasta la vista, pues—replicó Andras—y no tardeis en volver.

No pudo menos de estrañarle que Varhely, al estrecharle la mano, lo hiciera con una fuerte presión, casi violenta, como si partiese para un viaje muy largo.

—¿Cómo no ha venido á visitarme Valla?—preguntó Zilah.—El sabe que es de los amigos á quienes siempre veo con gusto.

—No tiene tiempo. No se detiene apenas.

Me ha encargado que os diga que le dispenseis.

El príncipe no quiso insistir más para averiguar el motivo de aquella repentina marcha que parecía una fuga.

Varhely bajó en seguida á la puerta de la villa, donde ya le estaba aguardando un carruaje.

Andras quedó profundamente triste en su amarga soledad, y su pensamiento fué á parar, como siempre, de una manera obstinada, en aquella mujer que á su imaginación se le representaba, acurrucada y huraña, allá en un rincón de una de las celdas de la casa de locos establecida en Vaugirard.

XXVII

Dos horas despues de haberse marchado Varrhely, como atraido por una corriente magnética, el príncipe Andras dirigió sus pasos hácia aquel punto de la playa desde donde el dia anterior habia oido la música de los tziganos.

Una vez más, sin que nadie le acompañase, recogiendo de paso los acentos de aquella música del país, queria sentir de nuevo la impresion que en él habian causado aquel aire nacional, aquella melancólica canción, aquella *czarda*, cuando eran interpretados por Marsa.

El volvía á verla cual en aquel hermoso dia del año anterior, en que los niños, encaramados en el falucho que seguia al barco engalanado y bullicioso, enviaban repetidos besos á la novia con sus manecitas.

Más alterado que nunca, afligido y víctima de una gran excitacion nerviosa, Zilah volvió á su casa á la hora del crepúsculo, abrió el cajon que encerraba las cartas de Marsa, y una á una, impulsado no sabia por qué instinto inexplicable, las fué quemando en la ventana, entregando á la llama de una bujía aquel papel cuyo sutil perfume se desprendia por última vez como un suspiro que se desvanece, en tanto que el aire se llevaba hácia lo infinito aquellas cartas recuicidas á negras pavesas.

A la ofuscadora luz de una puesta de sol, aquel polvo negro, aquellos restos de una pasión, de un amor burlado, aquel papel en otro tiempo calentado por ardientes besos y regado por lágrimas, se volatilizaba en el inmenso espacio que se extendia ante la villa.

El viento barria el pasado, y Andras contemplaba su desaparicion.

Lentamente el sol descendia en una atmósfera de fuego, ocultándose poco á poco su disco rojo y encendido, mientras que por la parte del Havre, momentos antes claro y azul como una entrada del golfo de Nápoles, una ligera neblina hacia ya confusas la playa, las costas, las casas y los palos de los barcos á la vez que la luna empezaba á asomar.

Los reflejos del sol poniente reverberaban como los de un incendio sobre los cascotes de las lanchas pescadoras que surcaban la mar tranquila. Toda la costa brava, el cabo y los faros hacia Sainte-Adresse y el Sena adquirian un tinte violáceo, en tanto que los últimos rayos del sol se proyectaba sobre las olas como una extensa linea rojiza, que á medida que el astro iba descendiendo, se hacia más estrecha.

Luego, poco á poco, el disco luminoso, primero medio oculto por una arista de la costa, despues trasponiéndose al otro lado del cabo, desaparecia enteramente, viéndose el inmenso mar plano, uniformemente azulado, antes que la noche avanzara hasta envolver por completo en sus tinieblas á la ciudad, cuya vida se extinguia, y al mismo tiempo á aquel que abortó y

pensativo, veía arrastrar por el viento los restos de un amor detestado, del amor de otro, de un amor que le había desgarrado el corazón.

Y ¡cosa singular, sentimiento inexplicable! aquellas cartas, odiosas, irritantes; aquellos billetes de amor, leídos y releídos, que creía infames, los echaba ya de ménos.

Por una especial transformación de su personalidad, le parecía que aquello era algo así como una parte de su ser, puesto que los objetos destruidos eran algo de *ella*. No respiraba ya aquel penetrante aroma, que era Marsa. Ahogaba aquella voz que decía á otro: «¡Yo te amo!» pero que á él le causaba el mismo estremecimiento que si ella murmurase las mismas palabras dirigidas á él.

Eran las cartas recibidas por su rival que él lanzaba al viento del mar convertidas en polvo impalpable, y no obstante—¡extravíos del humano corazón!—esperimentaba un amargo sentimiento como el hombre que de aquel modo ha destruido parte de su pasado.

Al mismo tiempo que al mar, le envolvía á él en sus sombras la oscuridad de la noche.

—En verdad que bien vale la pena el sufrir tanto y el hacer sufrir—dijo al cabo de un momento,—puesto que de todos nuestros amores, de nuestro espíritu y de nosotros mismos, pasado el tiempo, ¿qué queda? ¡eso!

Y á la débil luz del crepúsculo, seguía con su mirada el último átomo de aquellas pavesas impelidas por el viento.

XXVIII.

La soledad en que Andras vivía llegó á hacerse muy pesada. Aquellas czardas que el día anterior había oído interpretar, lanzadas al aire por músicos tziganos, amontonaron un cúmulo de recuerdos en la cabeza de Zilah, que excitando su sistema nervioso, le sumieron en profunda tristeza pareciéndole que la playa estaba desierta después de que aquellos artistas la habían abandonado al mismo tiempo que Varhely.

En medio del incesante murmullo del mar, y del ruido un tanto armonioso que producían las olas, viniendo á chocar contra los muros de la villa que habitaba, el príncipe echaba de ménos la nota estridente del zimbál resonando por los ámbitos en el jardín Frascati. Es que aquella nota venía á ser como un llamamiento para que su memoria evocase la imagen de Marsa. Y de un modo tenaz, irresistible aquella imagen se apoderaba de aquel hombre que, con una especie de cólera mortificante que éltomaba por odio, inútilmente se esforzaba en desechar aquellos recuerdos punzantes cual el dolor de otras tantas heridas.

Puesto que aquel París, de quien él huía, venía á buscarle á aquel sitio, y puesto que Mar-